de aquí los sacerdotes, ni ellos, ni sus reyes, ni los esqueletos de sus reyes.» (Cap. XLIII, v. 7.) No es posible dejar de pensar que ese Ezequiel, especie de demagogo de la Biblia, ayudaría al 93 en el espantoso barrido de Saint-Denis. En cuanto á la ciudad edificada por él, murmura encima de ella este nombre misterioso: JEHOVÁ SCHAMMAH, que significa: *el Eterno está ahí*. Luego calla, permaneciendo pensativo en las tinieblas, enseñando á la humanidad, en el fondo del horizonte, un aumento continuo de azul.

§ VI

El otro, Lucrecio, es esa gran cosa obscura, Todo. Júpiter está en Homero, Jehová está en Job; en Lucrecio aparece Pan. Es tanta la grandeza de Pan, que tiene debajo de sí al Destino, el cual está sobre Júpiter. Lucrecio ha viajado y ha soñado; lo que es otro viaje también. Estuvo en Atenas, frecuentó á los filósofos, estudió la Grecia y adivinó la India. Demócrito le hizo soñar acerca de la molécula, y Anaximandro acerca del espacio. El ensueño se convirtió en doctrina. Nadie conoce sus aventuras. Como Pitágoras, frecuentó las dos misteriosas escuelas del Eufrates, Neharda y Pombeditha, y pudo hallar allí doctores judíos. Hojeó los papiros de Seforis, que en aquel tiempo no se había transformado aún en Diocesárea; vivió con los pescadores de perlas de la isla de Tylos. Se encuentran en los Apócrifos rastros, vestigios de un extraño itinerario antiguo recomendado, según unos, á los filósofos por Empédocles, el mago de Agrigento, y, según otros, á los *rabbis* por el gran sacerdote Eleazar que estaba en correspondencia con Tolomeo Filadelfo. Ese itinerario habría servido después de patrón á los viajes de los apóstoles. El viajero que seguía ese itinerario recorría las cinco satrapías

del país de los filisteos, visitaba los pueblos de los domadores ó encantadores de serpientes y chupadores de heridas, los *psilos*, iba á beber en el torrente Bosor, que marca la frontera de la Arabia desierta, luego tocaba y manejaba el yugo ó argolla de bronce de Andrómeda, enclavada todavía en la roca de Jafa. Balbeck, en la Siria hueca; Apamea, en el Oronte, donde Nicanor mantenía sus elefantes; el puerto de Asiongaber, donde hacían escala los bajeles de Ofir cargados de oro; Segher, que producía incienso blanco, preferido al de Hadramaút; las dos Sirtes, la montaña de esmeralda *Smaragdus*, los nasamones que robaban á los náufragos, la nación negra Agizimba; Adribé, ciudad de los cocodrilos; Cinópolis, ciudad de los perros; las sorprendentes ciudades de la Comágena, Claudias y Barsalio; quizás también Tadamora, la ciudad de Salomón; tales eran las etapas de esa peregrinación, casi fabulosa, de los pensadores. ¿La llevó á cabo Lucrecio? No es posible decirlo. Sus numerosos viajes no ofrecen duda. Vió á tantos hombres que concluyeron por confundirse en las niñas de sus ojos, y que esa multitud se convirtió para él en fantasma. Llegó á ese exceso de simplificación del universo que es casi el desvanecimiento. Sondeó hasta sentir flotar la sonda. Interrogó á los vagos espectros de Biblos; habló con el tronco cortado del árbol de Quiterón, que es Juno-Tespia. Quizás habló entre las cañas á Oanés, el hombre-pescado de Caldea, que tenía dos cabezas, arriba una cabeza de hombre, abajo una cabeza de hidra, y que bebiendo el caos por su boca inferior, le vomitaba sobre la tierra por la boca superior en ciencia terrible. Lucrecio tiene esa ciencia. Isaías confina con los arcángeles, Lucrecio con las larvas. Lucrecio retuerce el viejo velo de Isis empapado en el agua de las tinieblas, y exprime, á veces á torrentes, á veces gota á gota, una poesía sombría. Lo

ilimitado está en Lucrecio. Por momentos surge un poderoso verso espondíaco casi monstruoso y lleno de sombra: *Circum se foliis ac frondibus involventes.* Aquí y allí una vasta imagen del ayuntamiento se dibuja en el bosque: *Tunc Venus in sylvis jungebat corpora amantum;* y el bosque es la naturaleza. Esos versos no son posibles para Virgilio. Lucrecio vuelve la espalda á la humanidad y mira fijamente al Enigma. Lucrecio, espíritu que busca el fondo, está colocado entre esa realidad, el átomo, y esa imposibilidad, el vacío; sucesivamente atraído por estos dos precipicios, religioso cuando contempla el átomo, escéptico cuando ve el vacío; de ahí sus dos aspectos, igualmente profundos, ya sea que niegue, ya que afirme. Un día ese viajero se mata. Esa fué su última salida. Se pone en camino para la Muerte. Va á ver. Ha subido sucesivamente á todos los barcos, á la galera de Trevirio para Sanastrea en Macedonia, al trirreme de Caristo para Metaponto en Grecia, al rémige de Cileno para la isla de Samotracia, á la sandalia de Samotracia para Naxos, donde estaba Baco, al ceróscafo de Naxos para la Siria Salutaria, al navío de Siria para Egipto, y al buque del mar Rojo para la India. Le queda un viaje que hacer, tiene curiosidad de la región sombría, toma pasaje en el ataúd, y, soltando por sí mismo el cable, empuja con el pie hacia la sombra esa barca obscura que la ola desconocida balancea.

§ VII

El otro, Juvenal, tiene todo lo que le falta á Lucrecio, la pasión, la emoción, la fiebre, la llama trágica, el arranque hacia la honradez, la risa vengadora, la personalidad, la humanidad. Habita un punto dado de la creación, y le basta, hallando allí lo suficiente para mantener é hinchar su corazón de justicia y de cólera. Lucrecio es el universo, Juvenal es el lugar. ¡Y qué lugar! Roma. Entre los dos son la doble voz que habla á la tierra y á la ciudad. *Urbi et orbi.* Juvenal tiene por encima del imperio romano el enorme aleteo del gipaeta por encima del nido de reptiles. Se lanza sobre ese hormiguero y los coge á todos uno después de otro con su pico terrible, desde la culebra que es emperador y se llama Nerón, hasta el gusano del suelo que es mal poeta y se llama Codro. Isaías y Juvenal tienen cada uno su prostituída; pero hay algo más siniestro que la sombra de Babel, es el estallido del lecho de los césares, y Babilonia es menos formidable que Mesalina. Juvenal es la vieja alma libre de las repúblicas muertas; hay en él una Roma en cuyo acero se han fundido Atenas y Esparta. De ahí, en su verso, algo de Aristófanes y algo de Licurgo. Tened cuidado, porque es lo severo. Ni una sola cuerda falta en esa lira, ni en ese látigo. Es alto, rígido, austero, deslumbrante, violento, grave, justo, inagotable en imágenes, asperamente gracioso, cuando bien le parece. Su cinismo es la indignación del pudor. Su gracia, enteramente independiente, y figura verdadera de la libertad, tiene fuertes uñas, garras; aparece de pronto, alegrando con flexibles y fieras ondulaciones la majestad rectilínea de su hexámetro; cree uno ver el gato de Corinto paseándose por el frontispicio del Partenón. Hay algo de epopeya en esa sátira; lo que Juvenal tiene en la mano, es el cetro de oro con que Ulises pegaba á Tersites. ¡Hinchazón, declamación, exageración, hipérbole!, exclaman las deformidades magulladas y esos gritos, estúpidamente repetidos por los retóricos, son un ruido de gloria.—*Es igual crimen cometer esas cosas ó referirlas,* dicen Tillemont, Marc Muret, Garasse, etc., tontos que á veces, como Muret, son también bribo-

nes. La invectiva de Juvenal alumbra desde dos mil años, espantoso incendio de poesía que quema á Roma ante los siglos. Esa hoguera espléndida estalla, y en vez de disminuir con el tiempo, aumenta con un remolino de lúgubre humareda; de ella salen rayos para la libertad, para la probidad, para el heroísmo, y se diría que arroja hasta nuestra civilización espíritus llenos de su luz. ¿Qué son Régnier, d'Aubigné y Corneille? Chispas de Juvenal.

§ VIII

El otro, Tácito, es el historiador. La libertad se encarna en él como en Juvenal, y sube muerta al tribunal, llevando por toga su sudario, y cita los tiranos á su barra. El alma de un pueblo convertida en alma de un hombre, eso es Juvenal, acabamos de decirlo; pero también es Tácito. Junto al poeta que condena, se levanta el historiador que castiga. Tácito, sentado en la silla curul del genio, llama y coge en flagrante delito á los culpables; los césares. El imperio romano es un largo crimen. Ese crimen comienza por cuatro demonios, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Tiberio, emperador-espía; el ojo que mirando al mundo aguarda la ocasión; el primer dictador que se atrevió á desviar para sí la ley de majestad hecha para el pueblo romano; sabía el griego, era agudo, sagaz, sardónico, elocuente, horrible; amado de los delatores; asesino de los ciudadanos, de los caballeros, del Senado, de su mujer, de su familia; con aire más bien de emplear el puñal contra el pueblo que las grandes matanzas; humilde ante los bárbaros; traidor con Arquelao, cobarde con Artabanes; tenía dos tronos, Roma para su ferocidad, para sus vicios Caprea; inventor de vicios y de nombres para designarlos; viejo con un serrallo de niños; flaco, calvo, encorvado, enclenque, fétido, comido por la lepra, cubierto de supuraciones, lleno de emplastos, coronado de laureles; teniendo la úlcera, como Job, y además el cetro; rodeado de un silencio lúgubre; buscando un sucesor, olfateando á Calígula y hallándolo bueno; víbora que escoge á un tigre. Calígula, hombre que ha tenido miedo; esclavo convertido en amo, temblando en tiempo de Tiberio, terrible después de Tiberio, vomitando su espanto de ayer en atrocidades. Nada iguala á ese loco. Un verdugo se equivoca y mata en lugar de un condenado á un inocente; Calígula sonríe y dice: *El condenado tampoco lo merecía.* Hace que los perros coman á una mujer viva, para verlo, nada más. Se acuesta en público con sus tres hermanas completamente desnudas. Una de ellas, Drusila, fallece, y dice: *Que decapiten á los que no la lloren, pues es mi hermana, y que crucifiquen á los que la lloren, pues es una diosa.* A su caballo le hace pontífice, como andando el tiempo Nerón hará dios á su mono. Ofrece al universo este siniestro espectáculo: el anonadamiento del cerebro bajo el poderío absoluto. Prostituído, tramposo en el juego, ladrón, rompió los bustos de Homero y de Virgilio, peinado como Apolo, rodeada la cabeza de rayos luminosos, con alas en los pies, como Mercurio, frenéticamente amo del mundo, deseando el incesto á su madre, la peste á su imperio, el hambre á su pueblo, la derrota á su ejército, su semejanza con los dioses y una sola cabeza al género humano para poderla cortar; ese fué Cayo Calígula. Obliga al hijo á presenciar el suplicio del padre, y al marido la violación de su esposa, y á reirse. Claudio es un bosquejo reinando. Es un casi hombre hecho tirano. Testuz coronada. Se oculta, lo encuentran, lo sacan, lo arrancan de su agujero y lo echan aterrorizado sobre el trono. Ya emperador, sigue temblando, teniendo la corona, pero sin seguridad de tener la ca-

beza. Se lleva las manos á la cabeza á cada instante, como si la buscase. Luego recobra la seguridad, y decreta que se añadan tres letras más al alfabeto. Es sabio ese idiota. Estrangulan á un senador y dice: *No lo había ordenado; pero, puesto que es un hecho, está bien*. Su mujer se prostituye en su presencia; la mira y dice: *¿Quién es esa mujer?* Apenas existe; es una sombra, pero sombra que aplasta al mundo. En fin, llega la hora de su salida. Su mujer le envenena; su médico le acaba. Dice: *Estoy salvado,* y muere. Después de su muerte, van á ver su cadáver; en vida habían visto su fantasma. Nerón es la figura más formidable del fastidio que jamás apareció entre los hombres. El monstruo bostezando, que los antiguos llamaban Livor y que los modernos llaman *Spleen,* nos pone en el caso de adivinar este enigma: Nerón. Sencillamente Nerón busca una distracción. Poeta, cómico, cantor, cochero, agotando la ferocidad para hallar voluptuosidad, probando el cambio de sexo, esposo del eunuco Esporo y esposa del esclavo Pitágoras, y paseándose por las calles de Roma entre su mujer y su marido; tenía dos placeres, ver como el pueblo se echaba sobre las monedas de oro, los diamantes y las perlas, y ver á los leones echarse sobre el pueblo; incendiario por curiosidad y parricida por entretenimiento. A esos cuatro dedica Tácito sus cuatro primeras picotas. Les cuelga su reinado al cuello. Les pone ese collar instrumento de suplicio. Su libro de *Calígula* se perdió. Nada tan fácil de comprender como la pérdida y la obliteración de esa clase de libros. Leerlos era un crimen. A un hombre á quien se sorprendió leyendo la historia de Calígula por Suetonio, le hizo Cómodo arrojar á las fieras. *Feris objici jussit,* dice Lampride. El horror de esos tiempos es prodigioso. Todas las costumbres, abajo lo mismo que arriba, son feroces. Puede juzgarse de la crueldad

de los romanos por la atrocidad de los galos. Estalla un motín en Galia, los campesinos acuestan á las damas romanas desnudas y vivas sobre abrojos y espinos, cuyas púas les entraban en el cuerpo; luego les cortaban los pechos y se los cosían á la boca para figurar que se los comían. *Vix vindicta est,* «ni siquiera son represalias», dice el general romano Turpiliano. Esas damas romanas tenían costumbre, mientras hablaban con sus amantes, de pinchar con agujas de oro los senos de las esclavas persas ó galas que las peinaban. Tal es la humanidad que tiene Tácito ante los ojos. Esa vista le vuelve terrible. Hace constar el hecho y nos deja sacar las conclusiones. La Putifar, madre de José, es lo que únicamente se encuentra en Roma. Cuando Agripina, reducida al supremo recurso, viendo su tumba en los ojos de su hijo, le ofrece su lecho, cuando sus labios buscan los de Nerón, Tácito está allí siguiéndola con la mirada, *lasciva oscula et prænuntias flagitii blanditias,* y denuncia al mundo aquel esfuerzo de la madre monstruosa y temblando para que aborte el parricidio cambiándolo en incesto. Diga cuanto quiera Justo Lipsio, que legó su pluma á la santísima Virgen, Domiciano desterró á Tácito, é hizo bien. Hombres como Tácito son malsanos para la autoridad. Tácito aplica su estilo sobre la espalda de un emperador, y queda la señal. Tácito hace siempre la herida en el sitio que se propone. Herida profunda. Juvenal, poeta todopoderoso, se dispersa, se esparce, se exhibe, cae, se levanta, salta, hiere por todos lados, descarga cien golpes á la vez sobre las leyes, sobre las costumbres, sobre los malos magistrados y los malos versos, sobre los libertinos y los ociosos, sobre César, sobre el pueblo, por todas partes; es pródigo como el pedrisco; se multiplica como el látigo. Tácito tiene la concisión de hierro enrojecido al fuego.

§ IX

El otro, Juan, es el anciano virgen. Toda la savia ardiente del hombre, convertida en humo y en tembloroso misterio, está en su cabeza como una visión. No hay medio de escapar al amor. El amor no saciado y descontento, se cambia al final de la vida en un torrente de quimeras. La mujer quiere al hombre, sino el hombre, en vez de la poesía humana, tendrá la poesía espectral. Algunos seres, sin embargo, resisten á la germinación universal, y entonces están en ese estado particular en que la inspiración monstruosa puede caer sobre ellos. El Apocalipsis es la obra maestra casi insensata de esa temible castidad. Juan, de joven, era dulce y huraño. Amó á Jesús, y después no pudo amar otra cosa. Existe una relación profunda entre el Cantar de los Cantares y el Apocalipsis; uno y otro son explosiones de virginidad amontonada. El corazón volcán se abre; sale de él esa paloma, el Cantar de los Cantares, ó un dragón, el Apocalipsis. Esos dos poemas son los dos polos del éxtasis; voluptuosidad y horror, los dos límites extremos del alma; en el primer poema el éxtasis agota el amor; en el segundo, el terror, y lleva á los hombres, para siempre inquietos, el espanto del eterno precipicio. Otra relación, que merece igualmente ser atendida, entre Juan y Daniel. El hilo casi invisible de las afinidades, es cuidadosamente observado por los que ven en el espíritu profético un fenómeno humano y normal, y que, lejos de desdeñar la cuestión de los milagros, la generalizan y la unen con calma al fenómeno permanente. Con ello las religiones pierden y la ciencia gana. No se ha observado suficientemente que el séptimo capítulo de Daniel contiene en germen el Apocalipsis. Los imperios están representados por bestias. Por eso,

también, la leyenda acercó á los dos poetas; á uno hizo atravesar el foso de los leones y al otro la caldera de aceite hirviendo. Fuera de la leyenda, la vida de Juan es hermosa. Vida ejemplar que ofrece ensanches extraños, pasando del Gólgota á Patmos, y del suplicio de un Mesías á un destierro de profeta. Juan, después de haber asistido á los sufrimientos de Cristo, concluye sufriendo por su propia cuenta; el sufrimiento visto le hace apóstol, el sufrimiento propio le hace mago; del crecimiento de la prueba personal resulta el crecimiento del espíritu. Obispo, escribe el Evangelio. Proscripto, compone el Apocalipsis. Obra trágica, dictada por un águila, mientras el poeta tenía sobre su cabeza como un sombrío estremecimiento de alas. Toda la Biblia está entre dos visionarios, Moisés y Juan. Ese poema de los poemas se bosqueja por el caos en el Génesis y se acaba en el Apocalipsis con los truenos. Juan fué uno de los mayores errantes de la lengua de fuego. Durante la cena su cabeza estuvo junto al pecho de Jesús, y podía decir: Mi oreja oyó el latido del corazón de Dios. Fué á contárselo á los hombres. Hablaba un griego bárbaro, mezclado de giros hebraicos y de frases siríacas, con un encanto áspero y salvaje. Fué á Efeso, á Media y al país de los partos. Se atrevió á entrar en Ctesifón, ciudad edificada por los partos para servir de contrapeso á Babilonia. Sin temor desafió al ídolo vivo Cobaris, rey, dios y hombre, siempre inmóvil sobre un bloque agujereado de jade nefrita, que le servía de trono y de excusado. Evangelizó la Persia, á quien la Escritura llama Paras. Cuando se presentó en el concilio de Jerusalén, creyeron ver la columna de la Iglesia. Miró con estupor á Cerinto y Ebión, los cuales decían que Jesús no era más que un hombre. Cuando le interrogaban acerca del misterio, contestaba: *Amaos los unos á los otros*. Murió á los noventa y cuatro años, en

tiempo de Trajano. Según la tradición, no ha muerto, está reservado, y Juan sigue viviendo en Patmos, como Barbarroja en Kaiserslautern. Hay cavernas de espera para esos misteriosos vivientes. Juan, como historiador, tiene semejantes, Mateo, Lucas, Marcos; como visionario, es único. Ningún sueño se aproxima al suyo, tanto es lo que penetra en lo infinito. Sus metáforas salen de la eternidad enloquecidas; su poesía tiene una profunda sonrisa de demencia; la reverberación de Jehová está en el ojo de ese hombre. Es lo sublime en pleno extravío. Los hombres no le entienden, le desdeñan y se ríen de él. *Mi querido Tiriot*—dice Voltaire—, *el Apocalipsis es una porquería.* Como las religiones necesitan ese libro, han decidido venerarlo; pero, para no echarlo al arroyo, era preciso colocarlo en el altar. ¡Qué importa! Juan es un espíritu. En Juan de Patmos, entre todos, se hace sensible la comunicación entre ciertos genios y el abismo. En todos los demás poetas se adivina esa comunicación; en Juan se la ve, á veces se la toca, y se experimenta el estremecimiento de poner, por decirlo así, la mano en esa puerta sombría. Por allí se va del lado de Dios. Parece, cuando se ha leído el poema de Patmos, que alguien le empuja á uno por detrás. La temible abertura se dibuja confusamente. Se siente el espanto y la atracción. Aunque Juan no tuviese otra cosa más que eso, sería inmenso.

§ X

El otro, Pablo, santo para la Iglesia, grande para la humanidad, representa el prodigio á la vez divino y humano, la conversión. Es aquel á quien se apareció el porvenir. Queda extraviado, y nada hay tan soberbio como esa faz para siempre sorprendida del vencido de la luz. Pablo, que nació fariseo, había sido

tejedor de pelo de camello para las tiendas, y criado de uno de los jueces de Jesucristo, Gamaliel; luego los escribas le educaron, hallándole feroz. Era el hombre de lo pasado, había guardado las capas de los que arrojaban piedras; aspiraba, habiendo estudiado con los sacerdotes, á ser verdugo; estaba en camino para lograrlo; de pronto brotó una ola de aurora de la sombra, y le hizo caer del caballo que montaba, y en adelante hubo en la historia del género humano esta cosa admirable: el camino de Damasco. El día de la metamorfosis de san Pablo fué un gran día, no olvidéis esa fecha, corresponde al 25 de enero de nuestro año gregoriano. El camino de Damasco es necesario á la marcha del progreso. Caer en la verdad y levantarse hombre justo, una caída-transfiguración, es sublime. Es la historia de san Pablo. Á partir de san Pablo, será la historia de la humanidad. El golpe de luz es más que el rayo. El progreso se hará por una serie de deslumbramientos. En cuanto á ese Pablo, que fué arrojado al suelo por la fuerza de la convicción nueva, esa brusquedad de lo alto sirvió para hacerle genio. Vuelto en sí y de nuevo en pie, emprende la marcha para no detenerse más. ¡Adelante!, es su lema y su exclamación. Es cosmopolita. Á los de afuera, á quienes el paganismo llamaba bárbaros y que el cristianismo llama gentiles, los ama; y se dedica y entrega á ellos. Es el apóstol exterior. Escribe cartas á las naciones de parte de Dios. Oidle como habla á los gálatas: «¡Oh, gálatas insensatos! ¿Cómo podéis volver á esos yugos á que estabais uncidos? Ya no hay ni judíos, ni griegos, ni esclavos. No cumpláis las grandes ceremonias ordenadas por vuestras leyes. Os declaro que todo eso no es nada. Amaos. Se trata de que el hombre sea una nueva criatura. Sois llamados á la libertad.» Había en Atenas, en la colina de Marte, unos asientos como escalones tallados en la

roca, que se ven aún hoy. Sobre esos peldaños se sentaban poderosos jueces, aquellos ante los cuales compareció Orestes. Allí también había sido juzgado Sócrates. Pablo fué allí de noche, porque el areópago sólo se reunía de noche, y dice á aquellos hombres sombríos: *Vengo á anunciaros el Dios desconocido.* Las cartas de Pablo á los gentiles son ingenuas y profundas, con la sutileza tan poderosa de los salvajes. Hay en esos mensajes como llamaradas de alucinación; Pablo habla de los Celestiales como si los viese distintamente. Lo mismo que Juan, compuesto medio de vida y de eternidad, parece que tiene la mitad de su pensamiento en la tierra y la otra mitad en lo Ignorado, y se diría, por momentos, que algunos de sus versículos contestan á los otros por encima de la obscura pared de la tumba. Esa semiposesión de la muerte le da una certidumbre personal y á veces perceptible y separada del dogma, y un acrecentamiento tan grande de sus impresiones individuales que casi le muestran herético. Su humildad, apoyada en el misterio, es altanera. Pedro decía: *Es posible encaminar las palabras de Pablo hasta darles mal sentido.* El diácono Hilario y los luciferianos unen ó aproximan su cisma á las epístolas de Pablo. Pablo es en el fondo tan antimonárquico, que el rey Jacobo I, muy alentado por la ortodoxa universidad de Oxford, hizo quemar por mano del verdugo la epístola á los romanos, comentada, es verdad, por David Pareo. Varias obras de Pablo son canónicamente rechazadas; son las más hermosas; entre otras, su epístola á los laodicenses, y, sobre todo, su Apocalipsis, raspado por el concilio de Roma en tiempo de Gelasio. Sería curioso compararlo con el Apocalipsis de Juan. En la abertura que Pablo había hecho al cielo, la iglesia escribió: «Puerta cerrada.» Á pesar de ello, es santo. Ese es su consuelo oficial. Pablo tiene la inquietud del

pensador; el texto y la fórmula son poco para él; no le basta la letra; la letra es la materia. Como todos los hombres de progreso, habla con restricción de la ley escrita; prefiere la gracia, así como nosotros preferimos la justicia. ¿Qué es la gracia? Es la inspiración de lo alto, es el aliento, *flat ubi vult,* es la libertad. La gracia es el alma de la ley. Ese descubrimiento del alma de la ley pertenece á san Pablo; y lo que llama gracia desde el punto de vista celestial, nosotros, desde el punto de vista terrenal, lo llamamos derecho. Tal es Pablo. El engrandecimiento de un espíritu por la irrupción de la claridad, la belleza de la violencia hecha por la verdad á un alma, estalla en ese personaje. De ahí, lo diremos de nuevo, prueba de la virtud del camino de Damasco. En adelante, todo el que quiera ese aumento ó acrecentamiento seguirá el dedo indicador de san Pablo. Aquellos á quienes se revelará la justicia, todas las cegueras que deseen luz, todas las cataratas que quieran curar, todos los investigadores de convicción, todos los grandes aventureros de la virtud, todos los servidores del bien en busca de la verdad, se irán por ese lado. La luz que encontrarán cambiará de naturaleza, pues la luz es siempre relativa á la obscuridad; crecerá en intensidad; después de haber sido la revelación, será el racionalismo; pero siempre será luz. Voltaire está, como san Pablo, en el camino de Damasco. El camino de Damasco será en adelante el pasaje de los grandes espíritus. Será también el pasaje de los pueblos. Pues los pueblos, vastos individuos, tienen, como cualquiera de nosotros, su crisis y su hora oportuna; Pablo, después de su caída augusta, se ha erguido armado de todas armas, contra los viejos errores, blandiendo el arma fulgurante del cristianismo; y, dos mil años después, Francia, vencida de luz, se levantó también, llevando en la mano la flamígera espada de la revolución.